

Los misterios del Rosario
con los Pastorcillos de Fátima



al cuidado de
la Armata Bianca de la Virgen

Misterios Gozosos

Lunes y Sábado



Misterios Gozosos

(lunes y sábado)

«¿Quieren ofrecerse a Dios?»

Los misterios gozosos son los misterios del ofrecimiento, los misterios del Amor de Dios, que nos ha amado primero y espera nuestra respuesta para venir a nosotros.

La Virgen María, en la Anunciación, responde con un «sí» a esta divina petición de Amor y, entregándose a Dios totalmente, le permite a Jesús encarnarse en Ella e iniciar la redención, es decir, la liberación del mal de toda la humanidad.

Ahora, María te exhorta también a ti para que te ofrezcas a nuestro Padre Celestial, tal y como hicieron Ella, Lucía, Francisco y Jacinta en Fátima.





Si tú también quieres aceptar su invitación, entonces conságrate a Ella.

Pero ¿qué cosa es la consagración a María? Eso nos lo explica San Luis de María Grignon de Montfort, el apóstol de la consagración:

«la consagración consiste en entregarnos totalmente a la Santísima Virgen con el fin de ser, a tra-

vés de su intermediación, totalmente de Jesucristo... Si te consagras a Ella, Ella se consagrará a ti y vivirá en ti». En ti María será un irresistible llamado al Espíritu Santo, que vendrá con la plenitud de sus dones y hará de ti una copia perfecta de Jesús.

¿Tú también quieres, como hicieron los tres Pastorcillos, vivir esta maravillosa aventura por la salvación de toda la humanidad?

Dile a la Virgen, de todo corazón: **«Madre, te doy mi corazón y mi voluntad, para la eternidad, ¡salva a la humanidad!»** y al Papá del Cielo: **«¡Padre mío, Padre bueno, a Ti yo me ofrezco, a Ti yo me doy!»**, y renueva alegremente este «sí» cada día.



La Anunciación del Ángel a María

En Nazaret, el Ángel Gabriel invita a una jovencita, María, para que se ofrezca a Dios a fin de permitirle venir a la tierra a salvar a la humanidad.

Al asentir, el Espíritu Santo la envuelve en Su Luz y Jesús se encarna físicamente en Ella.

En Fátima, la Virgen María invita a los tres niños, Lucía, Francisco y Jacinta, a que se ofrezcan al Padre, así como hizo Ella.

Al decir que «sí», de Sus manos se emite sobre los niños la Luz del Espíritu Santo, que

los penetra en el pecho y Jesús nace espiritualmente en ellos.

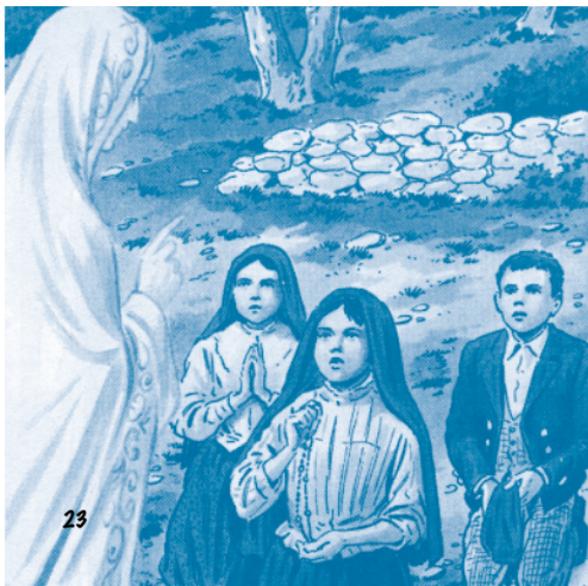
La Virgen ahora te invita a ti: ¿quieres consagrarte a Ella para que Su Luz descienda en ti y tú puedas ayudarla a salvar el mundo? Dile que sí con todo el corazón y ofrécete a Ella.

Cuenta Lucía:

El 13 de mayo de 1917 estaba jugando con Jacinta y Francisco en lo alto de la colina de la Cova de Iría. (...) vimos un relámpago y alcanzamos a ver, encima de una pequeña encina, a una Señora vestida de blanco, que resplandecía más que el propio sol...

Estábamos muy cerca de Ella, casi dentro de la Luz que la rodeaba o que Ella emitía: quizás a un metro y medio de distancia. La Señora nos dijo: *«¿Quieren ofrecerse a Dios, dispuestos a aceptar todo lo que Él quiera enviarles, en acto de reparación por los pecados con los cuales Él es ofendido, y de suplica por la conversión de los pecadores?»*

«Sí, queremos», fue nuestra respuesta.





La Visita de María Santísima a Santa Isabel

María lleva en sí a Jesús, la plenitud del Amor de Dios, que la

mueve a ir en busca de todos aquellos que necesitan ayuda: va a visitar a su prima Isabel, que en aquellos momentos se encuentra en necesidad y saludándola, le comunica la Luz de Dios que ahora se encuentra en Ella.

María es la primera misionera que lleva a Jesús, el Salvador, a sus hermanos.

¿Te gustaría a ti ser un misionero como María que lleva a los hombres la Luz de Jesús?

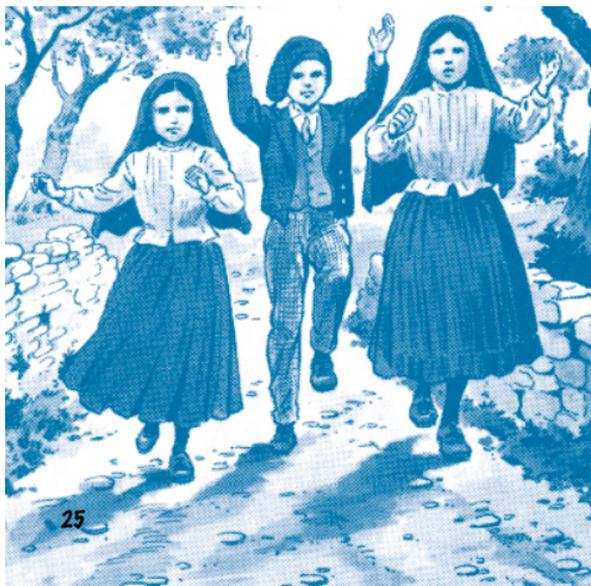
Entonces conságrate a Ella y reza todos los días el Rosario. María te llenará de Su Amor y en ti y contigo continuará llevando la Luz y la Paz de Jesús a aquellos a los que encuentres.

Pensando también en ti, San Juan Pablo II dijo ante 10,000 niños de la Armata Bianca, en audiencia especial celebrada en 1989: «Sean ustedes los valiosos apóstoles de Jesús».

Cuenta Lucía:

Una mujer nos insultaba todas las veces que nos encontraba. Jacinta me dijo: «Debemos rezarle a la Virgen y ofrecer sacrificios por esa mujer. Es que dice tantos pecados que, si no se confiesa, ¡entonces irá al infierno!»

Pasados algunos días, pasamos de prisa por la casa de aquella mujer. Jacinta detuvo su carrera y, volviendo la vista atrás, dijo: «Ya no hay que jugar, hagamos este sacrificio por la conversión de los pecadores». Y, sin importarle que alguien la pudiera ver, alzó sus manitas y los ojos al cielo e hizo el ofrecimiento. La pobre mujer espiaba por una ventanita de su casa y luego, impresionada por la acción de Jacinta, fue a decirle a nuestra madre que a partir de ese día había dejado de insultarnos, pero nos pedía seguido que pidiéramos a la Virgen por ella, para que le perdonase los pecados.





El nacimiento de Jesús en Belén

María dio a luz a Jesús, la segunda Persona de la Trinidad, el Hijo de Dios que se hizo carne para volvernos hijos de Dios. Él descendió del Cielo a la tierra para llevarnos a todos al Cielo. Es el Creador y el Rey del Universo, Señor de todas las cosas, pero nace en un establo y se hace pequeño y pobre para que lo recibamos sin temor y le permitamos poner en nosotros Su morada, así como hizo María.

¿Te gustaría a ti también hacer que Jesús viva y crezca en tu corazón? Entonces ofrécele al Padre todas las alegrías y sufrimientos de cada uno de tus días, reza el Rosario y hazle compañía a Jesús

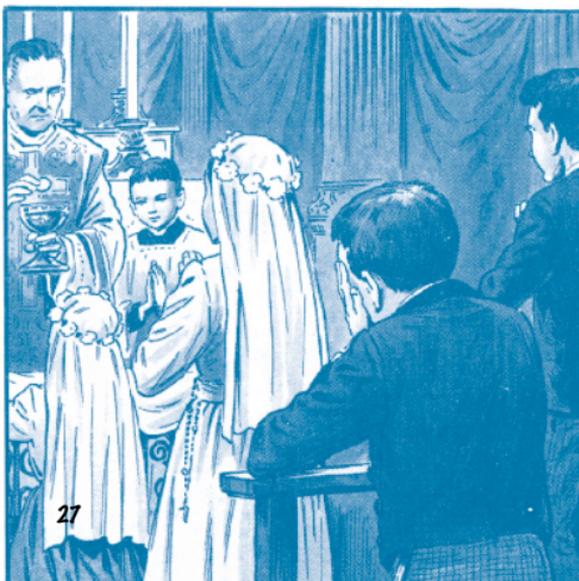
en el Sagrario, así como hacían los Pastorcillos de Fátima. María hará vivir y crecer en ti a Jesús y también tú podrás decir como San Pablo: «ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí».

Cuenta Lucía:

Cuando cumplí seis años, mi madre pensó que podía hacer la Primera Comunión. No puedo explicarles mi alegría. Finalmente llegó la fecha prevista. Cuando el sacerdote vino a distribuir el Pan de los Ángeles, parecía que el corazón se me quisiera salir fuera del pecho. Pero, apenas la divina Hostia estuvo en mi lengua, sentí una serenidad y una paz inexplicables, sentí que me invadía una atmósfera sobrenatural, que la presencia de nuestro Buen Dios se me volvía sensible como si lo viera y lo sintiera con todos mis sentidos.

Entonces fue que hice la siguiente súplica: «¡Señor! ¡Hazme santa, conserva mi corazón siempre puro, sólo para Ti!». Me sentí tan satisfecha con el Pan de los Ángeles, que me fue imposible, durante un buen rato, comer cosa alguna.

Desde aquel momento, perdí el placer y el encanto que comenzaba a sentir por las cosas del mundo y sólo me sentía bien en los lugares solitarios, donde podía recordar las delicias de mi Primera Comunión.





La presentación de Jesús en el Templo

En la Anunciación, el Padre del cielo ofreció su Hijo a María, que lo acogió y lo hizo nacer.

Cuarenta días después de su nacimiento, Ella lo llevó al Templo y lo ofreció al Padre para la salvación de todos los hombres.

Jesús crucificado te ha dado como hijo a María para que Ella te haga crecer en santidad y te ofrezca al Padre, así como hizo con Lucía, Francisco y Jacinta.

Pero María respeta tu libertad. ¿Quieres permitirle que haga de ti una «ofrenda grata a los

ojos de Dios», así como hizo con los niños de Fátima, para la salvación de la humanidad?

Entonces dile que «sí» y repítele siempre: «**Madre, te doy mi corazón y mi voluntad, para la eternidad, ¡salva a la humanidad!**», y al Papá del Cielo: «**¡Padre mío, Padre bueno, a Ti yo me ofrezco, a Ti yo me doy!**».

Cuenta Lucía:

Los chicos de dos familias de Moita se dedicaban a mendigar de puerta en puerta. Nosotros los habíamos visto un día, mientras conducíamos nuestras ovejas. Jacinta, viéndolos, dijo: «Démosle nuestros almuerzos a estos pobres niños por la conversión de los pecadores». Y corrió a llevárselos. Cuando teníamos que pasar por alguna prueba, siempre nos decía Jacinta: «¿Ya le dijeron a Jesús que lo hacemos por amor a Él?» Si le decíamos que no, entonces nos decía: «Bueno, entonces yo misma se lo diré». Y, uniendo sus pequeñas manos, alzaba los ojos al cielo y decía: «¡Oh Jesús! Es por tu amor y por la conversión de los pecadores».





El Niño perdido y hallado en el Templo

Jesús, para obedecer a la Voluntad del Padre, se quedó en el

Templo para discutir con los "doctores" de Israel. María y José lo buscaron y lo encontraron después de tres días de angustia mortal, porque pensaron que lo habían perdido por una distracción suya. María no entendió inmediatamente el gesto de Jesús, pero meditaba en su corazón, es decir en las profundidades de su espíritu, lo que había pasado.

Hoy día, hay muchas personas que, con el pecado, se extravían voluntariamente y se encaminan a la perdición eterna. María, la Madre, quiere volver a llevarlos a casa, es decir, al Corazón del Padre, pero necesita la ayuda de los

niños. Así como les pidió esa ayuda a los tres pastorcillos, ahora te lo pide a ti: ¿Quieres ayudarla? ¿Quieres salvar a los pecadores para que no vayan al infierno? Si lo quieres, vive en un continuo «sí» a Dios, haciendo pequeños sacrificios y obedeciendo siempre a tus padres.

Cuenta Lucía:

El 13 de julio la Señora abrió de nuevo las manos y de Ella salió un reflejo que penetró la tierra y vimos como un gran mar de fuego: inmersos en este fuego estaban demonios y almas que parecían carbones transparentes, los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales monstruosos. Entonces dijo la Señora: «Ya vieron el infierno, lugar a donde van las almas de los pobres pecadores». La visión del Infierno suscitó un horror tal en Jacinta, que todas las penitencias y sacrificios le parecían poca cosa para poder liberar algún alma. A menudo se sentaba y se quedaba pensativa, luego comenzaba a decir «¡el Infierno! ¡Cuanta compasión tengo por las almas que van allá! La gente se quema como madera en el fuego...». Y temblando toda, se arrodillaba con las manos juntas para rezar la oración que la Virgen nos había enseñado: «¡Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, libéranos del fuego del Infierno...!»

